

RAFAEL BALANZÁ

LOS DIOSES CARNÍVOROS



algaida



Primera edición: 2017

© Rafael Balanzá, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-843-5

Depósito legal: SE. 1575-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

El castigo no necesita crimen (1).....	11
Ilusión y esperanza (2).....	75
Desesperación (3)	127
Amor a la luz del mal (4).....	225

«Es el procedimiento el que poco a poco
se va convirtiendo en sentencia».

FRANZ KAFKA, *El proceso*

«No he podido dormir.
Me he pasado toda la noche odiando».

(Confesión del canciller Bismarck
a su esposa)

EL CASTIGO NO NECESITA CRIMEN
(1)

«**E**L PASADO NUNCA HA SIDO TAN GRANDE POR-
que nunca lo has tenido tan cerca, ni el futu-
ro tan pequeño para ti». La enigmática ad-
vertencia figuraba en una sobria tarjeta impresa que Damián
Ferrer encontró a principios de aquel verano en su lugar de
trabajo, acompañando a un curioso objeto: una pequeña y
rudimentaria figura humanoide de color verde —tal vez
de jade— que parecía destinada a un collar. Lo peor era
esa alusión a su pasado que sugería algún tipo de acusa-
ción. ¿De qué podía ser él culpable? Por supuesto, de mu-
chas cosas, pero ninguna lo suficientemente grave como
para justificar una nota como esa. Y la figura, que recorda-
ba a alguna clase de amuleto de artesanía precolombina,
¿qué significaba? ¿Y qué relación tenía con el amenazante
mensaje?

La culpa es el peor castigo, sobre todo cuando no
existe delito ni pecado. Damián lo sabía demasiado bien
porque venía soportándola desde hacía años, la mayor par-

te de los cincuenta que ahora tenía. Lo sabía, desde luego, porque había leído algunos buenos libros sobre el asunto. Pero lo que no sabía cuando recibió aquella tarjeta, lo que de hecho ignoraba por completo era que el verdadero castigo apenas había empezado.

Hubo una especie de anticipo de lo que estaba por venir, un suceso tremendo, un horrible crimen que presencié casualmente mes y medio antes, el martes 12 de mayo, cuando apuraba los últimos días en su trabajo de comercial especialista en *marketing* directo, y se disponía a regresar a casa en metro. Era tarde. Siempre terminaba de trabajar demasiado tarde, como casi todo el mundo en aquel país, por otra parte; y con la sensación de haber podido hacerlo todo mucho más rápido y mucho mejor si las cosas —las relaciones laborales, por ejemplo, la exagerada interrupción diaria para el almuerzo, la disipación de energía que acarrea la necesidad de fingir que uno se sacrifica mucho más que su compañero—, si todas esas cosas fueran de otro modo. Sencillamente, como deberían ser.

Aquella capital mediterránea y europea de algo más de un millón de habitantes se había puesto imposible para el tráfico rodado en horas diurnas, y ahora que tenía que hacer menos visitas y que su trabajo era mucho más virtual y telefónico que presencial, a menudo dejaba su coche en el garaje y tomaba el metro para ir al centro, y luego para volver a casa. Franqueó el tornillo de la estación utilizando su bono multitransporte. Dejaba en el exterior la última y tierna luz de un cambiante día de primavera. Había llovido por la mañana y eso limpió un poco el aire y le lavó la cara a la ciudad, hasta casi hacerla parecer habitable. Las esca-

leras mecánicas y unos acordes de trompeta descendentes que podrían tal vez ser —hasta donde alcanzaban sus limitados conocimientos de *jazz*— de alguien como Miles Davis, lo condujeron en volandas hacia la capa inferior del subsuelo, por debajo del nivel de las cloacas, donde se había excavado aquella sofisticada estación. Parecía diseñada por un artista de la paradoja matemática, como aquel Escher de los grabados de gusanos mecánicos en absurda y eterna persecución. Si uno levantaba la cabeza podía encontrar a otro idéntico a él, arqueando el cuello como él y mirándolo desde lo alto. Había planchas de metal que funcionaban como espejos toscos y un complejo de escaleras y plataformas que sugerían inmediatamente la terrible idea del movimiento perpetuo y sin sentido.

Ya en el andén, sacó su *smartphone* para revisar el WhatsApp, pero solo encontró un mensaje de su ex que no le apetecía leer en aquel momento. Lo guardó de nuevo en la chaqueta y miró alrededor sin disimulo, a modo de inspección rutinaria del espacio público circundante, como para saber exactamente en qué compañía se encontraba. Había allí unas treinta o cuarenta personas en total, incluyendo a los del andén de enfrente. No era una estación claustrofóbica, de esas que constituyen apenas un mero engrosamiento del túnel; sino que ocupaba un gran espacio bien iluminado. Desde el andén era visible el entramado de escaleras y plataformas que uno tenía que haber recorrido en parte para llegar allí. Damián pensó —lo había pensado ya otras veces— que recordaba un poco a algún lugar de la ciencia ficción, como el interior de una estación espacial de esa saga galáctica a la que fue tan afi-

cionado de niño; aunque la realidad era que no se encontraba en la frontera exterior de la galaxia, con su promesa inagotable de emoción, sino bajo la dura costra de ladrillo y asfalto sobre la que vivía y trabajaba; el grueso callo de acero y hormigón que había dejado la herida de la fantasía al cerrarse.

Tras una segunda ojeada se fijó en él. Era más o menos de su misma edad, tal vez más joven, con una barba corta y entrecana y un pelo revuelto y de aspecto grasiento que raleaba en la coronilla. Corpulento y desgarrado, llevaba puesto algo que parecía una gabardina vieja, o —fijándose un poco mejor— más bien un gabán o bata de trabajo de color verde grisáceo. Tenía una mirada por momentos risueña y una expresión insegura, que fluctuaba de la alegría a la timidez, e incluso al temor, a golpe de parpadeos muy marcados. Le llamó la atención porque se había aproximado a un tipo con traje de ejecutivo y este rehuyó todo contacto, apartándose y volviendo la mirada hacia el panel que anunciaba la llegada del próximo tren. Entonces se acercó a una joven estudiante. Ella también retrocedió y torció el gesto con una reluctante mueca de disgusto. Cuando los ojos de Damián se encontraron con los de aquel sujeto, que afortunadamente estaba en el andén opuesto, se sintió incómodo y retiró enseguida la mirada; pero no pudo evitar volver a su vigilancia cuando por el rabillo del ojo advirtió que el raro personaje se había acercado ahora a una mujer de corta estatura, de unos sesenta años. Ella no se apartó de él sino que parecía decidida a escuchar lo que fuese que le quisiera decir.

Damián volvió a mirar el *smartphone* con impaciencia.

«Tu hija quiere pasar unos días contigo. Dime qué le digo. Después de lo que pasó en Navidad no se atreve a pedírtelo».

La llamaría, claro. Llamaría a su hija Olvido para decirle, entre otras cosas, que lo de la pasada Navidad ya estaba olvidado y que era mayor para escudarse en su madre. La llamaría para recordarle que podía hablar con él directamente, que siempre podría hacerlo, por encima de lo que hubiera ocurrido entre ellos, por encima de cualquier malentendido.

El estrépito, el creciente sonido ululante del tren que se aproximaba lo sacó del mensaje de su ex y de las novedades que anunciaba. Venía por la otra vía, así que no era el que debía tomar. Vio que en el otro andén la mujer esbozaba una sonrisa mientras el tipo de la barba y el gabán verde le susurraba algo muy cerca del oído. Cuando el convoy estaba a punto de entrar en la estación, el hombre aferró un brazo de la mujer con sus dos grandes manos como tenazas. Ella apenas tuvo tiempo de cambiar la sonrisa por la expresión de horror de quien nota que ha sido atrapado en un cepo mortal. Con una violenta sacudida de las caderas y los hombros, girando sobre su propio eje como si bailara con ella, aquel lunático la arrojó a las vías. Solo se oyó un chillido breve y desesperado que se mezcló con el chirrido de los frenos del tren.

*

Casi no logró dormir en los siguientes tres días. Incluso tuvo que ir al médico, porque en cuanto cerraba los ojos volvía a aquella estación futurista y absurda, a la escena espantosa que había presenciado; y entonces empezaban los sudores fríos; tenía que levantarse y quedarse un rato a oscuras en el salón hasta que sus pulsaciones se normalizaban. Supo por la prensa y por Internet (allí no pudo ver más, ya que su tren llegó enseguida) que aquel individuo fue detenido sin que ofreciera resistencia. Los propios viajeros lo habían retenido en el andén hasta que llegó la policía. Su historial registraba antecedentes psiquiátricos, decían. Un alienado sin motivación racional, decían. Aquella pobre mujer había muerto por nada.

El jueves (14 de mayo) de aquella semana telefoneó a su hija, a quien por lo visto el berrinche ya se le había pasado. Había probado a llamarla hasta en media docena de ocasiones durante los últimos cuatro meses, pero ella se negaba siempre a contestar en su móvil o a ponerse al teléfono si la llamaba al fijo de su nueva casa. Y su exmujer, Gloria, decía que no podía obligarla a hablar con él, algo muy lógico teniendo en cuenta la edad de la niña, que ya no lo era.

—Olvido...

—Sí.

—Tengo aquí un mensaje de tu madre, diciendo...
—era importante elegir bien las palabras—, diciendo que querías hablar conmigo, ¿no?

—Tengo varias llamadas perdidas tuyas, papá —dijo ella, un poco a la defensiva.

—Ya, sí... Era yo el que quería hablar contigo, es verdad.

—¿Cómo te va?

A Damián le sorprendió un poco el tono condescendiente y casi compasivo de aquella pregunta, que no parecía proceder de la mente díscola y caprichosa de una adolescente, sino del maduro cerebro de una joven estudiante de primero de Derecho.

—Qué quieres que te diga... ¿Sabes lo de...?

—Sí, ya sé que te han despedido.

—Pues eso... Qué más quieres que te diga. Mañana es mi último día allí. Estoy pensando en mudarme. Esto...

—¿Vas a vender nuestra casa?

—Sí, claro. Esto es demasiado grande para mí solo. No lo necesito.

—O sea, ¿que la vas a vender?

—Te digo que sí. Ya lo he hablado con tu madre...

—¿Y ella está de acuerdo? ¿Por qué no me habéis dicho nada?

Damián pensó en la necesidad de controlarse, así que no respondió enseguida. Respiró hondo y procuró templar sus nervios.

—Te recuerdo que eres tú la que no me coge el teléfono. ¿Cómo quieres que te cuente estas cosas si no hablas conmigo?

—Tengo WhatsApp, papá.

—Vale...

—¿Y cuándo vas a ponerla a la venta?

—Primero tengo que encontrar otra cosa. El sábado pasado hablé con tu tío, dice que se va de la ciudad y me ofrece su casa.

—¿El tío Jaime?

—Sí, el tío Jaime.

—¿No estaba en Irlanda?

—Está otra vez aquí, desde enero. Y ahora se vuelve a marchar...

—¿A Irlanda?

—No, a Chile.

—¡A Chile!

—Sí..., yo qué sé. Parece que se ha liado con una corresponsal alemana y que a ella la envían allí.

—¿Y tú te vas a vivir a su casa?

—Puede..., todavía no lo he decidido. Tengo que vender esto, ¿sabes? Necesito algo de dinero, un colchón, para sentirme seguro. Y este piso es demasiado grande para mí solo de todas formas.

—Pensaba pasar unos días contigo..., si quieres.

Damián sintió una imprevista y nada conveniente oleada de ternura hacia su hija.

—Claro..., pero es mejor dejar pasar unas semanas. Hasta que salga de esto ¿vale? Quiero decir..., hasta que me haya instalado y tenga claro lo que voy a hacer...

Había decidido de antemano no contarle el horror que había presenciado. No le parecía un asunto del que hablar por teléfono. Aquella conversación le reportó cierta serenidad y mejoró un poco su estado de ánimo.

*

Su vida venía siendo una dura prueba desde el divorcio. No podía echarse toda la culpa del fracaso de su matrimonio, pero sí que se reservaba una buena porción de ella. Tratándose de culpa, nunca renunciaba a su parte del pastel. Era inútil luchar contra su naturaleza. Se pasaba el día pensando cómo debería haber hecho esto o aquello, cómo su trayectoria podría haber resultado un rotundo éxito, lo cual sin duda no era, por muy buena voluntad que pusiera cualquier hipotético evaluador objetivo.

Su ex, Gloria, había logrado reinventarse por completo, empezando con envidiable energía y optimismo una auténtica nueva vida. Se había casado con un ingeniero que tenía dos hijos más jóvenes que Olvido. Ella, la hija que tenían en común, era en la actualidad su único vínculo y la única razón por la que Damián y Gloria mantenían algún contacto. No es que su divorcio hubiera sido especialmente violento o amargo (¿qué divorcio no lo es, en alguna medida?), pero aparte de su hija no existía otra necesidad de verse, ya que se lo habían repartido todo de la manera más razonable y equitativa posible, incluso los amigos y los conocidos. Y en todo ese proceso apenas habían estallado entre ellos un par de discusiones fuertes. En general, hubo buena voluntad por las dos partes. Se fueron poniendo de acuerdo en los puntos esenciales. La casa, un ático espléndido en una de las mejores zonas residenciales de las afueras, se la había quedado él, ya que ella se había trasladado al domicilio del ingeniero, un formidable chalet en la sie-

rra. Así que hacía casi dos años que Damián vivía solo, en un piso de ciento veinte metros cuadrados habitables; excepto cuando lo visitaba su hija, pero esto era bastante excepcional (un par de veces durante el curso y un mes en verano), y la última vez que ocurrió, pasada la Navidad y justo antes de Fin de Año, se enzarzaron en una discusión tan fuerte que la chica decidió regresar precipitadamente a casa de su madre.

*